

Reseñas

Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*, Centro de Estudios Internacionales-El Colegio de México, México, 1991, 579 pp., ISBN 968-12-0452-2.

Esta obra es todo un modelo de cómo hacer historia de las relaciones internacionales, que va mucho más allá de una simple historia diplomática y culmina en una historia total. El proceso económico-financiero, lo diplomático propiamente dicho, la compleja realidad internacional, el estudio de las mentalidades y la historia social se describen y analizan cuidadosamente en este medio millar de páginas.

El autor se propuso ofrecer un estudio de la presencia británica en México en la primera mitad del siglo XX. Antes de iniciar la exposición del tema, traza un conciso resumen de lo que fueron las relaciones de Gran Bretaña con el México independiente hasta la consolidación de la dictadura de Porfirio Díaz. Esto ocupa el primer capítulo y, a partir de este momento, presenta su investigación original.

Lorenzo Meyer destaca la importancia que tuvo el capital británico en la última década del porfiriato. En el resto de la obra expone el impacto que tuvo la revolución en el conjunto de las relaciones anglomexicanas.

Uno de los méritos del libro radica en presentar al inicio de cada uno de los capítulos, tanto la situación interna de Gran Bretaña como la de México, así como un esbozo de los problemas más importantes que en política exterior tenía esa gran potencia. Con lo anterior el libro adquiere coherencia y solidez. Esto que parecería obligado, desgraciadamente no está presente en muchas "historias diplomáticas", que estudian únicamente la correspondencia entre los representantes de dos o más países, sin referirse a los cambios internos en cada uno de ellos.

Desde luego que las relaciones económicas entre ambos estados son tratadas en forma clara y extensa, y gracias a la buena pluma de Meyer, lo difícil se vuelve comprensible. A través de sus explicaciones y de los cuadros estadísticos necesarios, podemos aquilatar la importancia de la

inversión británica en varias actividades: bonos del gobierno, generación de energía eléctrica, ferrocarriles, así como en la estratégica y floreciente industria petrolera.

La apasionante, aunque truculenta historia de las empresas de Weetman Dickinson Pearson, Lord Cowdray, en México ocupa un lugar fundamental dentro de las citadas inversiones británicas. Queda claro el trato preferencial que Díaz otorgó al financiero británico como contrapeso a la fuerte inversión norteamericana en México.

La historia económica ocupa muchas de las páginas del libro, aunque también se resaltan las pugnas que sostuvieron los diplomáticos y los empresarios británicos en el México revolucionario, muy especialmente durante 1917 y 1925, seguramente como resultado de visiones e intereses distintos, por más que en algunas ocasiones confluyesen.

El libro muestra cómo el declive de la inversión británica en los ferrocarriles, se debió en parte a las intervenciones gubernamentales, realizadas durante la revolución, pero también a la pérdida paulatina de importancia estratégica de la región del istmo de Tehuantepec, una vez que se finalizó la construcción del Canal de Panamá en 1914.

Varios factores influyeron en el declive de las empresas británicas. Uno de los que resalta el autor consiste en que a partir de la década de los años veinte muchas de aquellas empresas empezaron a sentir la fuerza creciente que adquirirían los sindicatos, sobre todo, los controlados por la Confederación Regional de Obreros Mexicanos

(CROM), que contaban casi siempre con el apoyo del Estado mexicano en favor de las demandas salariales de los trabajadores.

Desde luego, lo diplomático propiamente dicho está extensa y densamente tratado. Así vemos lo intrincadas que fueron las relaciones entre México y Gran Bretaña entre 1917 y 1924. Esta última argumentaba que reconocía al gobierno mexicano, pero sólo *de facto*. Meyer también nos narra la lucha denodada aunque secreta, que realizaron algunos de los diplomáticos británicos, apoyando o, al menos simpatizando, con varios movimientos contrarrevolucionarios fallidos contra Venustiano Carranza, la mayor personificación del nacionalismo mexicano y quizá, el personaje más odiado por los británicos.

La obra depara sorpresas al lector en varias ocasiones. Un ejemplo de ello es que, de 1917 a 1924, al frente de la Legación de Su Majestad británica en México, estuvo un hombre como Herbert Ashley Cunard Cummins, simple encargado de archivo, ignorante de los más elementales deberes del representante de una gran potencia. Si a lo anterior se agrega su actitud racista, intrigante y antirrevolucionaria, ya podrá el lector tener una idea de las malogradas relaciones anglo-mexicanas durante este periodo, que culminaron con la expulsión de Cummins en junio de 1924 por Álvaro Obregón.

Las relaciones diplomáticas entre México y Gran Bretaña se normalizaron en agosto de 1925, sobre todo por la presión que realizaron los empresarios británicos, para quienes era im-

prescindible contar con una representación diplomática que los defendiese contra el estado revolucionario, aunque esta reanudación diplomática, no contó con la simpatía del rey Jorge V. Meyer cita una nota confidencial de Lord Stamfordham, secretario privado del monarca, quien afirmó que desde el punto de vista de Su Majestad, "fue más bien el gobierno mexicano el que sacó la mejor parte de la lucha diplomática". La anterior afirmación obligó a la *Foreign Office* a justificar ante el rey el cambio de actitud con México.

Meyer muestra cómo una Gran Bretaña que hasta 1914 ejerció una política independiente hacia México, poco a poco se va plegando a los dictados de Washington. En efecto, las relaciones anglomexicanas sufren un proceso de triangulación, a partir del estallido de la revolución y muy especialmente en los momentos más conflictivos: la lucha constitucionalista y popular contra la dictadura castrense de Victoriano Huerta (1913-1914); los primeros choques con lo que Meyer denomina "El duro rostro del nacionalismo", durante el gobierno de Carranza (1917-1920); el periodo de Álvaro Obregón, 1920-1924; y finalmente durante la nacionalización de las empresas petroleras por Lázaro Cárdenas en 1938.

Gran Bretaña abandonó la posibilidad de ejercer una diplomacia propia, producto de la experiencia que tuvo con la dictadura huertista: Londres marchará —muy a su pesar— al remolque del punto de vista de Washington. Esto no significó un acuerdo total entre el gobierno de Su Majestad y el

norteamericano, como lo demuestra Lorenzo Meyer con motivo de las diferentes posiciones de ambos países anglosajones ante la última manifestación del nacionalismo económico mexicano: la expropiación de las instalaciones petroleras.

En este último tema, Meyer expone la actuación tanto de la legación como la de los empresarios británicos ante la nacionalización. La línea dura, seguida por el representante de Su Majestad condujo a la ruptura de las relaciones entre Gran Bretaña y México en mayo de 1938 y a toda la serie de presiones británicas en el mercado internacional para impedir la venta de petróleo mexicano. Finalmente estudia bajo qué condiciones se logró en 1947, la indemnización de lo expropiado.

Referente a la historia de las mentalidades, el autor nos da a conocer la imagen que tenían de México los diplomáticos, los escritores y los hombres encargados de dirigir la *Foreign Office*. Así tenemos el caso de una importante viajera como lo fue Ethel B. Tweedie, ligada al antiguo régimen, quien escribió una trilogía de libros dedicados a México que comprende desde el porfiriato hasta 1917, en cuyo análisis predomina un claro racismo. Sin embargo, también aparecen personajes como el doctor Dillon, británico al servicio de Obregón, o incluso casos muy interesantes como el político laborista John William Brown que en 1927, "saludó al régimen mexicano como uno en el que el movimiento obrero había avanzado más que en algunos de los países capitalistas más desarrollados". (p. 377) Para reconstruir esta historia, Lorenzo Me-

yer recurrió a fuentes muy variadas como son la correspondencia de los diplomáticos, los libros de memorias y los testimonios de los británicos, que ya como viajeros o residentes en México conocieron este país en su etapa revolucionaria.

También acude a los editoriales de los influyentes periódicos *The Economist* y *The Times*. Sin duda en estas publicaciones es donde el autor localizó el material con mayor valor documental. Por estos medios, y a través del análisis que de ellos realiza Meyer, nos podemos enterar cómo de una actitud de completo rechazo a la revolución, en algunos periódicos británicos se destacó el aspecto positivo de la misma, que era “elevar el nivel de vida de la población más pobre, en particular la indígena”. (p. 460)

Respecto a la historia social destaca el caso de la terrateniente británica Rosalie Evans, quien entabló una lucha tenaz contra los agraristas poblanos. La señora Evans consideraba su lucha como “una cruzada sagrada” y se proponía el “establecimiento de una administración moral en México”. La terrateniente sostenía que de proseguir la administración de los sonorenses se consolidaría un gobierno bolchevique en nuestro país.

La Evans, que contaba con el apoyo de Cunard Cummins, realizó una verdadera campaña de prensa tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, contra el gobierno de Álvaro Obregón y los agraristas poblanos que demandaban del caudillo sonorenses la dotación de tierras de una parte de la hacienda de San Pedro, de la que era propietaria. La lucha obstinada y te-

naz de Rosalie Evans contra los agraristas culminó con su asesinato. En el juicio seguido contra los dos asesinos nunca pudo ser demostrada la conexión entre éstos y los agraristas. La colonia británica en México (cuyo número se redujo de 5,274 súbditos en 1910, a 1,512 en 1945, para nuevamente descender a 1,228 en 1950, año en que el autor culmina su exposición) presencié, presa del pánico, el caso Evans.

En este libro, Lorenzo Meyer presenta el resultado de una rigurosa investigación, realizada en su mayor parte con material británico, procedente de la *Public Record Office* de Londres. La consulta de este archivo y del *Science Museum* en esa misma ciudad integra la parte básica de esta historia. En segundo lugar están los archivos mexicanos: el General de la Nación, el de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, así como el de Venustiano Carranza en Condumex, que constituyen el contrapeso nacional. Por último, el autor investigó en los *National Archives* de Washington. Desde luego que la obra contiene importante bibliografía secundaria, alguna sólo accesible en bibliotecas extranjeras. A lo anterior hay que sumar una importante colección de prensa periódica, británica, norteamericana, mexicana y aun canadiense. La prensa y en especial *The Economist* y *The Times* se citan constantemente. Obviamente todo este acopio de material le requirió a Meyer varios años de investigación y análisis.

Afortunadamente en los últimos años, son varios los investigadores

mexicanos que han trabajado temas relacionados con nuestro país, basándose principalmente en material extranjero. Cabe destacar en el caso de Lorenzo Meyer, su excelente labor hermenéutica del material de la *Public Record Office*, archivo privilegiado sin duda, pero que el autor en ningún momento se limita a glosar, sino que elabora sus interpretaciones con fino análisis sin ser presa del contenido de dicho material. Queda patente su formación como analista de las relaciones internacionales y como politólogo, pero sobre todo como historiador.

El autor apunta en su "Advertencia" que la "obra tiene un inevitable punto de vista mexicano". Considero que esto, lejos de restarle méritos al libro, los acrecienta, pues ya es tiempo que los historiadores mexicanos, además de investigar en archivos extranjeros, expongan sus propias interpretaciones, que son como señala Meyer, necesariamente diferentes a las que hubiera hecho un historiador británico, en la exposición de los hechos y sobre todo en las explicaciones de los mismos.

Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana, constituye, desde mi punto de vista, la consagración indiscutible de Lorenzo Meyer como historiador, tanto por lo acucioso de su investigación como por la solidez de sus interpretaciones.

Raúl Figueroa Esquer
ITAM

Marcello Carmagnani, *Estado y mercado. La economía pública*

del liberalismo mexicano, 1850-1911, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 439 pp.

Es indudable el interés que la historiografía mexicana ha mostrado por la historia económica colonial, pero hasta hace apenas 10 años pocos estudios se ocupaban del siglo XIX, y eran todavía más raros los que se destinaban al análisis de la hacienda pública y sus finanzas a excepción de los de Carlos Marichal, John Coatsworth y el propio Marcello Carmagnani. Resulta más sorprendente aún que la historiografía no hubiera reparado en las implicaciones políticas que se desprenden de la formulación del presupuesto y del control sobre el gasto público que la Constitución de 1857 otorgó a la representación nacional.

La importancia del trabajo aquí reseñado no sólo radica en su sentido pionero, sino que la riqueza de esta investigación reside en que se sustenta en una hipótesis que engloba tres aspectos ejes de la historia mexicana del siglo XIX: el federalismo, el liberalismo y la formación de un mercado nacional. Así el autor propone que: 1) El presupuesto es el producto de la redefinición del federalismo en cuanto expresa la tensión entre el ámbito federal y el de los estados; 2) es producto de la revolución liberal que creó ciudadanos dispuestos a pagar impuestos para sostener al Estado y 3) el triunfo del liberalismo permitió una nueva relación interactiva entre Estado y mercado al establecer jurídica-